

tan á los poderosos, dejando á los pueblos en su abyeccion y miseria; no en el favor y proteccion de brazos que llevan mucho tiempo de haber muerto para el espíritu, pareciendo no tener vida sino solo para los sentidos y la materia; no en los recursos siempre limitados del poder humano; sino solo en levantarnos pronto, como el pródigo, al noble impulso de un sincero arrepentimiento, en volar sobre las alas de esa esperanza cristiana, que nunca fué confundida, en pos del abandonado Padre, que nos busca y espera, de ese Padre siempre vivo porque es Eterno, siempre fuerte porque es Omnipotente, siempre dulce, tierno y compasivo, porque es infinitamente bueno y misericordioso; de ese Dios Salvador, que, aunque sentado en los cielos á la diestra de su Padre, nunca separa de esta tierra, regada con su sangre, comprada con su sacrificio, santificada con su gracia, ni sus ojos ni su corazon. Este es el remedio: remedio universal, pues á todos cura; remedio inmenso, pues todo lo sana; remedio constante, pues no falta jamas; remedio pronto, pues á un sincero *pequé* responde con esta palabra de vida: "Ya estás curado, camina en paz." Este es el remedio que os propongo, señores, con tanta mayor confianza, cuanto que tenemos á la vista á esa Madre tierna que no en vano cuenta entre sus títulos el de ser Refugio de pecadores. Conducidos pues por ella, volemós á los piés de nuestro Padre ofendido, movamos su piedad paternal con los ruegos de tan piadosa Madre, y digámosle con el doble sentimiento de la contricion y la esperanza: "Padre, pecámos contra el cielo y delante de vos; ya no somos dignos de llamarnos hijos vuestros."

Hagámoslo, señores, hagámoslo como hacerse debe, y no tardarémos en escuchar el concierto melodioso de una nueva aliánza, sentarnos al festin del regocijo, recibir la estola de gala, y lucir en la bella sortija de nuestro dedo la munificencia de nuestro Padre celestial.

Pero qué, para llegar á este punto, para obtener, mediante un paso decisivo de la conducta, el deseado retorno de la dicha perdida con la cesacion de la guerra y el restablecimiento de la paz, ¿bastará por ventura, católicos, que las autoridades todas, fijándose de preferencia en estos medios, como los primeros y fundamentales de todos, acudan á Dios por sí mismas, elamen al cielo por gracia y cooperen á la restauracion de la paz en los términos que deben hacerlo conforme á las ideas de la religion y la moral? No por cierto. Dados estos pasos, es verdad que bastante se tiene adelantado; pero lo es asimismo que aun queda mucho por hacer. Esta gran reforma, señores, debe ser obra, no solo de la Iglesia, que está siempre pronta á iniciarla con

sus principios y realizarla con su ministerio, no solo del Gobierno, por mui dispuesto que se halle á cooperar con todo su poder y medios de accion; sino tambien, y mui principalmente, del pueblo, que debe poner por obra cuanto conduce á su verdadera felicidad. ¿Cómo conseguir tan importantes bienes? Por medio de la unidad católica, última verdad que me he propuesto demostraros.

## TERCERA PARTE.

Una vista sobre el paganismo, que busca la unidad sin encontrarla, y por tanto no la puede establecer ni en las persuaciones y las creencias, ni en las costumbres y las leyes, ni en el carácter social de las naciones; una vista sobre el catolicismo, que propaga la doctrina, forma la moral, constituye el Estado, concierta los elementos sociales de los pueblos, neutraliza los obstáculos que la desigualdad individual pone al órden social; y una vista, por último, sobre el racionalismo de nuestra época conspirando abiertamente contra toda autoridad, contra todo magisterio, proclamando todas las emancipaciones, la de la inteligencia, la de la voluntad y la de la libertad, y minando, en proporcion que avanza, el triple edificio de la creencia, de la moral y de la lei: todo esto, señores, despidió bastante luz para conocer evidentemente que la unidad católica es la única unidad religiosa posible, es la única que concierta los elementos individuales y sociales de la especie humana, la única precursora del órden, garantía de la paz, fuente de los verdaderos bienes á que deben aspirar todas las sociedades.

Sin duda alguna, señores, que es un espectáculo sorprendente á par que maravilloso, el que á nuestra vista presenta la historia del gentilismo desde sus primeros ensayos filosóficos y políticos hasta la época en que pareció tocar á los últimos grados de la perfeccion que cabia en un órden exclusivamente natural. Vehementemente impulsado por la fuerza de sus instintos hácia la unidad social, que veia como la suma de todas las fuerzas intelectuales, morales y políticas, cuyo concierto debía producir el órden, la paz y prosperidad pública, desarrolló prodigiosamente cuantos medios podia prestarle la simple naturaleza en el órden de las ideas, de las costumbres y de las leyes, para establecerla. Mas con todo esto, ¿qué consiguieron las sociedades gentiles en el triple órden de las ideas, los sentimientos y las instituciones? lo contrario de lo que buscaban. Buscaron la unidad intelectual, y no encontraron mas que la anarquía del pensamiento: buscaron la unidad

moral, y no encontraron mas que el desconcierto de las pasiones, la oposicion de las máximas, el trastorno consiguiente á los mas abominables vicios: buscaron la unidad social, y no encontraron otra cosa que violentas combinaciones de fuerzas preponderantes, que, cediendo á su turno á fuerzas mayores, traian la sociedad por una carrera de vicisitudes políticas, segun el viento que dominaba. ¿Qué resultó de todo esto? doctrinas sin símbolo, moral sin código, sociedad sin vínculos: ¿Por qué lo primero? porque no hai símbolo sin dogmatismo instituido, ni es posible un dogmatismo de razon. En efecto: cuanto se propone por la razon á la razon, tiene que sucumbir á los derechos de la razon misma, caer bajo la accion de la disputa, sufrir las consecuencias de la duda, y quedar á merced y arbitrio de una oposicion triunfante. Bien sabéis, señores, que la verdad no tiene mas que dos caminos, que son las convicciones y las creencias; que las primeras suponen desarrollo y cultivo de las facultades intelectuales, suponen el arte y el ejercicio del discurso, y por tanto, son de suyo excepcionales, y nunca pueden ser el órgano de la verdad hácia la multitud. No quedando, pues, mas arbitrio que la creencia, era necesario prepararla con el reconocimiento de una autoridad infalible, con el hecho de una revelacion incontestable y el medio de un magisterio divino: era necesario que el pueblo supiera sin género de duda que lo que se le enseñaba es la doctrina de Dios, porque la ha revelado, porque ha instituido en la tierra una autoridad docente, y porque esta autoridad es infalible. He aquí por qué la antigüedad pagana jamas logró reunir las persuaciones y las creencias, careció de símbolo dogmático, y no llegó á poseer una razon comun.

Por lo mismo que sus doctrinas no tuvieron símbolo, sus costumbres no tuvieron código. Verdad es que habia leyes, y estas leyes tenían aplicaciones prácticas; pero lo es asimismo que limitadas al orden puramente externo, porque no podian pasar de aquí, dejaban intactas las regiones inaccesibles del espíritu, eran de todo punto extrañas al hombre interior, el cual, no contando sino con algunas nociones generales sobre el bien y el mal, algunas ideas del deber, escapadas en el naufragio de la lei natural, quedó vendido á las máximas absurdas y contradictorias de una moral versátil desprendida de las escuelas filosóficas, esencialmente anárquica, confundida con los vicios dominantes protegidos por las leyes y aun autorizados por sus dioses. Era necesario que el código de las costumbres reapareciese de nuevo promulgado por Dios á los hombres; y como este código, limitado en aque-

llos tiempos á solo el pueblo judío, poseedor único del Decálogo, no tuvo una manifestacion universal sino hasta la predicacion del Evangelio, por esto las sociedades gentiles carecieron siempre de código para las costumbres, y no llegaron jamas á la unidad moral.

Destruidos estos dos elementos ¿dónde hallar, señores, la virtud maravillosa que identifica en un pensamiento y en un sentimiento comun á muchos individuos y muchos pueblos? ¿Dónde hallar vínculos para las sociedades antiguas, rotos ya los de la inteligencia y el corazon? ¿Dónde encontrar la fuerza bastante para destruir estos obstáculos en un pueblo cuya religion, esencialmente ridícula, era una ironía para los sabios? Ved, pues, católicos, lo que es la simple naturaleza humana sin un régimen divino, lo que es la razon sin autoridad, y por consiguiente, la verdad teórica, práctica y fecunda sin una institucion divina que la enseñe, la aplique y la haga útil á todos los pueblos. Ved asimismo cómo la unidad social es imposible sin la unidad religiosa, bien así como esta no existe ni puede existir fuera de la unidad católica. Habéis visto, con solo esta rápida ojeada sobre el paganismo, toda la impotencia del orden puramente natural para establecer la unidad social con la unidad religiosa. Ved ahora todo el poder del catolicismo en la realizacion de estas grandes obras.

Para establecer y conservar la unidad social se necesitaba destruir todos los elementos capaces de dividir á un pueblo. Las revoluciones civiles, como bien sabéis, comienzan en las opiniones, médián en las costumbres y terminan en las armas. Todo reconoce como su primer principio al pensamiento: la razon mueve la voluntad, ésta excita la fuerza física, y todo junto inicia, fomenta y prolonga la guerra civil. Era necesario, señores, robustecer el concierto de la sociedad consigo misma, en su doble carácter de religiosa y política, haciéndola marchar segun el orden gerárquico de sus relaciones esenciales: era necesario buscar en Dios, no solamente al Autor de la Iglesia, sino tambien al Supremo Legislador de la sociedad: era necesario poner estos principios y todas sus consecuencias prácticas al nivel de la razon comun, para que, uniformada en todo lo que puede llamarse fundamental, marchara sin extravío ni tropiezo á sus grandes fines. Hé aquí lo que hizo la institucion católica en todos los pueblos. Acreditando su origen, su mision, su poder y sus prerogativas ante la razon con los motivos evidentes de credibilidad, no tuvo dificultad ninguna en reunir toda la creencia de los pueblos en un símbolo comun. Explicando este símbolo juntamente con el código de los deberes, y haciendo comprender

sus consecuencias á todo el mundo, le fué fácil uniformar el sentido moral de los pueblos. Hecho esto, quedábale solo que procurar la conformidad entre las creencias, los sentimientos morales y la conducta, para impedir que los intereses y las pasiones esterilizaran la verdad y la lei en el fondo de la sociedad, y esto lo ha procurado y conseguido siempre con su ministerio. La unidad católica, señores, hace tres cosas: en primer lugar, forma la razon comun en el sentido de la verdad; en segundo lugar, pone de acuerdo generalmente á todos sobre las reglas de las costumbres; en tercer lugar, gobierna de hecho las costumbres con la regla, extirpando los vicios y multiplicando las virtudes con la accion de su ministerio. Hé aquí la unidad social puesta de bulo, instituida por él mismo Jesucristo y conservada por la Iglesia católica.

Ahora bien, señores: ¿qué mas necesita un pueblo para conservar el órden y la paz? ¿qué mas necesita México poner de su parte, para reconquistar unos bienes tan preciosos, que conservar su unidad religiosa? Nada. Esta unidad representa la de la doctrina, la de la regla, la de la conducta, y llena las condiciones que requiere la paz á los ojos del buen sentido y segun el oráculo de la Iglesia católica. En una de sus preces nos ha dado esta Maestra de la verdad y regla de la virtud, toda la doctrina del órden y la paz. En ella supone que las causas generadoras de tan preciosos bienes han sido, son y serán siempre la santidad de los deseos inspirada por la verdad católica, la rectitud de los consejos garantida por la moral católica, la justicia de las obras facilitada y conservada por el ministerio católico: advierte que estas fuentes vienen de Dios mismo, é infiere de aquí que el mundo no puede dar la paz: mira los medios preciosos para conservarla cifrados en la consagracion del corazon á la lei divina, y deriva de aquí la tranquilidad de los tiempos. Este ha sido mi tema, como lo habéis visto, al explicar las condiciones de la paz, las causas de la guerra y los medios para conjurar ésta y restablecer aquella; y no he necesitado de otro para persuadiros de que la unidad religiosa del pueblo es el medio mas á propósito para conseguir aquí el restablecimiento y la conservacion del órden y la paz.

Mucho podria decir sobre esto, señores; pero me queda una prueba que daros, fundada en la accion del racionalismo contra la sociedad; y como en ella tengo que manifestaros á éste constantemente opuesto al catolicismo, mi última prueba será tambien una confirmacion histórica y un desarrollo práctico de la que acabo de daros.

Ved, señores, la marcha del racionalismo desde que el Renacimiento y la Reforma le dieron un acceso mas libre contra la Iglesia y sobre el Estado, contra la religion y sobre la sociedad, contra las creencias y sobre la razon comun: vedle cómo progresa, cómo hace servir á su pensamiento cuanto aparece de algun modo en oposicion con lo que hai de mas cierto, de mas justo y fuerte en todas las naciones: vedle asomar apenas la cabeza, cuando el protestantismo sin abjurar todos los dogmas, sin reaccionar contra toda la creencia católica, y luchando al parecer dentro del mismo símbolo, se ocupaba solo en abolir la soberanía dogmática y moral de la Iglesia, en borrar el centro de la unidad y secularizar la institucion religiosa, sometiéndola íntegramente á la soberanía civil. Entónces el racionalismo no muestra todavía lo que es: campea con libertad en la literatura y en las ciencias, reacciona con cierta osadía sobre la política; pero no se desdeña de ocupar un lugar subalterno en la controversia, seguro como lo estaba de no hallarse léjos el dia en que levantaria su trono sobre las ruinas y con los materiales de todas las herejías y de toda la reforma.

Mas llegada su época, nada dejó por combatir: todo fué negado sin pudor, atacado sin tregua, perseguido sin cuartel: sana filosofía, ideas de Dios, origen del hombre, relaciones de ambos séres, lei natural, y por supuesto, revelacion, Iglesia, culto, ministerio, y á igual paso, todos los fundamentos de las instituciones políticas, todas las partes constitutivas del cuerpo social, todos los elementos de órden, todas las bases del derecho, todos los fueros del poder: en fin, cuanto hasta allí se habia conservado en el mundo sobre las bases de la sana filosofía, de la historia, de la moral, de la religion y de la justicia.

En vano el catolicismo desconcertó completamente, rindió y avasalló del todo á este adversario, el mas fuerte que le habia combatido desde los tiempos de Arrio: porque el mismo cansancio de la lucha, el mismo sentimiento de la derrota trajo consigo una arma nueva que, colocada en frente de la institucion católica, le oponia. no ya la duda metódica, la discusion razonada, el escepticismo histórico, el sofisma, la impostura, el poder material armado contra ella para exterminarla; sino una fuerza, la mayor que se conoce, una fuerza sin vida pero inaccesible, la inercia del espíritu, peor todavía que la de los cuerpos, la indiferencia religiosa, veneno mortífero que obstruye la fuente de las ideas, el manantial de los sentimientos, que mata la vida intelectual y moral de la sociedad. Mas esta oposicion, diestramente calculada, no podia durar mucho; porque la sociedad en sus masas, inca-

paz de contagiarse generalmente con semejante lepra, y en contacto con un ministerio que habia sacado á todo un mundo de los abismos de la muerte, empezó á sentir los efectos de su accion intelectual y moral, al paso que el racionalismo la necesidad imperiosa de una táctica nueva.

Incapaz empero de obrar sobre la institucion católica con una fuerza bien combinada, porque fuera del catolicismo no hai unidad, se dividió al renovar la lucha, presentándose como siempre, aunque con faces nuevas, prodigiosamente variado y contradictorio. ¿Quién podria enumerar, señores, sus escuelas, sus sistemas, sus teorías, sus batallas dentro y fuera del círculo de la sociedad católica? Seria necesario escribir un libro; pero sí os diré que sintiendo mui debilitada su accion sobre la sociedad á medida que multiplicaba sus teorías, y sufriendo una derrota popular á fuerza de ser ininteligible, voló despechado á otra parte, abandonando la metafísica, la filosofía especulativa, la controversia y casi todas sus disputas, para situar su campo en el orden puramente material, eliminando de su accion, sin decirlo, todo elemento espiritual, todo principio religioso, todo sentimiento moral. He aquí la última faz de la lucha entre el racionalismo y el catolicismo: veamos sus rasgos principales, estudiemos sus primeras consecuencias, y procuremos columbrar siquiera sus últimos resultados.

El catolicismo, señores, no ha desconocido jamas la importancia de los intereses puramente materiales; pero legitimándolos con la justicia, concertándolos con los intereses morales y siempre subordinándolos á ellos, ha puesto en armonía los bienes de la tierra con los bienes del cielo. Su tema es este, dado por el mismo Jesucristo: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas," es decir, los bienes terrenos, "se os darán por añadidura." Todo en la escuela católica se dirige al último fin, á la felicidad eterna: *Querite primum regnum Dei*: todo se norma por la justicia, porque fuera de ella no hai camino para el cielo: *et justitiam ejus*: y de ambas cosas viene lo demas: *et hæc omnia adjicientur vobis*. Veis aquí en primer término á la religion, en segundo á la moral, y en tercero el orden material como un hecho de consecuencia cuando reinan sobre un pueblo la religion y la justicia.

Mas el racionalismo no solo invierte sino que destruye absolutamente este orden. La simple inversion es el pecado; la destruccion es la negacion de Dios, la negacion de la lei, la negacion de la virtud, la negacion del espíritu. El racionalismo, derrotado muchas veces en sus antiguos combates, lucha hoy vigorosamente con el tema del inte-

res puramente material. Vedle poniendo este interes al frente de todos los que mueven á un pueblo, buscar en sus progresos las condiciones de la prosperidad pública, oponerle á todo lo que no es él: enemigo intransigible, que llegado á la última jornada, se muestra sin disfraz y conspira contra todo. En las ciencias no hai otras para él que las que analizan la materia: de los elementos sociales no admite sino aquellos que desarrollan la vida física: señala, no ya como principales, sino como únicos, entre los grandes objetos que deben reconcentrar todo el movimiento social, la riqueza, el progreso material, la industria, el comercio, &c., &c; y con arreglo á estos principios, acusa de retrogradadas aquellas instituciones que deben su perfeccion al cristianismo, deja caer sobre la moral social una sonrisa irónica, y se burla estrepitosamente de Dios, del espíritu y la religion.

¿Cuáles son sus frutos? Por ellos conoceréis el árbol, siguiendo la regla de Jesucristo. Este Divino Maestro, fundando la Iglesia como tipo y custodia de una sociedad perfecta, la rige por la autoridad, obra sobre las creencias, gobierna la conducta con su lei divina, desarrolla una accion permanente sobre el espíritu con la sancion de esta lei, obra sobre la conciencia individual con el ministerio que instituye, dando á la voluntad incrementos de poder y de fuerza con la dispensacion de su gracia, establece y conserva la verdadera fraternidad humana, cosa imposible sin él, y representa por último en la santidad, en este carácter que reconcentra todas las fuerzas morales, que es la perfeccion cristiana y el heroismo en toda su grandeza, el resultado final de su institucion, de su lei, de su ministerio y de su accion sobre el hombre durante la vida humana. Inscribe la pobreza del espíritu al frente de los títulos que garantizan la eterna felicidad, y con solo esto dignifica la riqueza, moralizándola y haciéndola servir á las necesidades del pobre, y saca de su abyeccion á la miseria, rodeando la pobreza con la magestad de la gloria. La mansedumbre representa una fuerza mui superior á la ira, modera el carácter y concierta en la lei la fuerza física con la fuerza moral. Estas grandes ideas, léjos de quedar en la esfera de simples especulaciones, han impreso mil huellas materiales en el campo de los siglos que recuerdan la marcha de la religion con la moral. No hai uno solo de los bienes naturales, que han atraído constantemente al hombre, desde el principio del mundo, que el catolicismo no haya producido en abundancia magnífica y sin la mas leve contaminacion del vicio. Si á esta grande institucion le pedís ciencias, ella os hará ver que todas en su mas alta perfeccion han salido de su

seno: si le pedís artes, encadenará vuestra admiracion con solo señalar sus mas ilustres monumentos; si le pedís consuelos para la humanidad atribulada, ella se os mostrará como la madre de los huérfanos, de los pobres, de todos los miserables, de cuantos han clamado en vano, fuera de ella, por el alivio, el consuelo y la tranquilidad en el curso de diez y nueve siglos. Ahora bien, señores: ¿qué ha opuesto el racionalismo á la fuerte unidad de la institucion católica? la perdurable anarquía de la ciencia humana cuando se emancipa del cielo. ¿Con qué ha reemplazado la pobreza del espíritu, que dignifica el infortunio y abre á la menesterosa humanidad las arcas del poderoso? con levantar la riqueza al rango de primer poder social, desarrollando su accion á la par sobre los poderes públicos, á quienes humilla, y sobre las clases menesterosas, á quienes oprime; y cuando ve salir de su teoría una horrible antítesis de pueblos hambrientos frente á individualidades poderosas, asustado de su propia obra, deja correr una nueva teoría que tarde ó temprano hará su explosión sobre el Estado: el *Socialismo*, señores, que es la miseria despojada de la moral y armada con la filosofía incrédula contra la propiedad.

¿Qué ha opuesto el racionalismo á la liberalidad cristiana, despues de haberla combatido y casi aniquilado, á esta virtud fecunda, incansable, constante, que ha venido haciendo servir tesoros cuantiosísimos á las necesidades del género humano? la avaricia con su código frio, su nata dureza, su indiferencia mortal; pero elevada la riqueza hasta el rango de un poder supremo, la avaricia debia ser, por lei de consecuencia forzoza, el medio de levantarse á este poder. ¿Qué ha puesto el racionalismo en lugar de aquellos torcedores felices de la gracia, de aquellos remordimientos preciosos, que mas de una vez habian ablandado el corazon de los poderosos? Una falsa conciencia, una falsa razon, una falsa moral: un código nuevo arreglado á este sistema de medios y de fines, reemplazó al antiguo código: el Decálogo, lei moral de todos los hombres, ha quedado en la clase de un monumento histórico, y cuando mejor ha salido en el orden práctico, si es que alguna vez se le invocá, es apareciendo al revés. Estudiad, señores, esos fenómenos morales y políticos que sirven para caracterizar eso que se llama conciencia pública: ¿qué verdad os enseñan? ¿cuál es el carácter dominante que os descubren en la sociedad? ¿Cuál es la suerte que ha corrido la lei de Dios en nuestro siglo? Este código supremo, sancionado con una felicidad y una desgracia eternas, está hoi profundamente desconocido, y sobre todo, absolutamente desconcertado. ¿Co-

sa admirable! su primer precepto importa el amor de Dios sobre todas las cosas, y el último la prohibicion general aún de codiciar las cosas ajenas: mas hoi el primero ha pasado á ser el último, y el último subido al rango de primero. Las riquezas, los intereses materiales han sido elevados á la primera categoría en la moral facticia de nuestros tiempos. "No robarás, no codiciarás lo ageno:" he aquí el artículo primero que el racionalismo propone á las clases poderosas. "Amarás á Dios sobre todas las cosas:" he aquí la última prescripcion que esta secta insidiosa les deja, como para entretener sus ocios y divertirse, persuadida, como lo está, de que basta dislocarla para destruirla.

Hé aquí, señores, la obra completa del racionalismo. ¿Queréis ver la filiacion de sus progresos? ¿queréis visitar su campo? ¿queréis descubrir el secreto de su accion sobre el individuo y la sociedad? Ved lo que establece y lo que conquista, lo que destruye y lo que robustece, su accion sobre todos los siglos pasados, y sus fuertes impulsos hácia el porvenir.

¿Qué encontró en la tierra? la institucion católica concertando en una doctrina y una moral común la marcha de la Iglesia y el Estado. ¿Qué puso en su lugar? la razon como primer poder intelectual, la voluntad como primer poder social, el interes como primer poder político. ¿Qué consiguió con esto? destruir la unidad religiosa, concluir con la unidad moral, romper los vínculos sociales, desmontar el Estado. ¿Qué encontró en el mundo? Un concierto divino instituido por Jesucristo y conservado por la Iglesia entre la riqueza y la miseria, que ha bastado á salvar á ésta durante la carrera de diez y ocho siglos. ¿Qué puso en su lugar? un vicio y una palabra; la *avaricia* y la *flantropía*: y como no pudiese contrarrestar con una palabra estéril el movimiento de la miseria pública, inauguró el *socialismo*, última plaga, que si no se contiene por una reaccion completa de la moral católica, debe acabar con todo. ¿Qué encontró en las costumbres? el criterio de la conciencia regida por la lei divina. ¿Qué puso en su lugar? una conciencia falsa tranquilizada con el artificioso medio de invertir el orden de los deberes.

Ahora bien, señores: tenéis á vuestra vista los dos campos: el de la razon filosófica emancipada del cielo, y el de la razon católica inundando en un torrente de luz á la tierra; el de la pobreza de espíritu brindando con la felicidad, y el de la riqueza sustituyendo al poder; el de la limosna santificando al rico en favor de la humanidad menesterosa, y el de la avaricia reconcentrando todas las facultades y sirvien-